

Un moderno héroe del fracaso

JOSÉ LUIS DE JUAN

MEMORIAS Con justicia Italo Calvino escribió que *El cuaderno rojo* era una de las autobiografías más divertidas que había leído. Pero no es divertida por humorística sino por interesante, porque nos fascina mientras nos restituye con frescura y autenticidad la juventud de un hombre educado en los tiempos anteriores a la Revolución. Narración fluida y breve, estas páginas asombran por su ausencia de afectación. En un lenguaje directo que no remite a su época, Benjamin Constant (1767-1830) cuenta sus años de formación, de vagabundeo y de presunción hasta convertirse en un escritor y un hombre de mundo en el sentido más amplio.

Suizo de Lausana, Constant escribía en francés pero su verdadera patria literaria fue Alemania, o quizá debemos decir la literatura europea. Le vemos pasar por Oxford y por Edimburgo. De preceptor en preceptor, el joven acumula experiencias y se desmarca del camino trazado por su padre, un oficial suizo. Describe tanto lo ridículo como lo sublime de su vida, dando igual importancia a la cobardía y al heroísmo. Y juzga a los personajes con los que se fue encontrando con la simple altanería y la piedad ecuaníme de un adolescente con los pantalones caídos.

Ma vie, como así tituló su cuaderno de tapas rojas, fue escrito cuando su autor contaba 44 años, en plena relación turbulenta con Madame de Staël. Uno de sus amigos dijo de Constant que era un espíritu libre encadenado a las mujeres. Tuvo muchas, esposas y amantes, como tuvo muchos duelos, ambas cosas a cuenta tal vez de su tímido desprecio del peligro. Harto de la Staël (con quien compartió casi todo, excepto el matrimonio), anotó en su *Diario íntimo*: "Las mujeres, por más que digan lo contrario, cuando ha habido amor ya no aceptan otra cosa". Igual que los lectores, que después de haber gozado de la altura de muchas páginas brillantes, nos



FOTO: CORBIS CORPORATION

decepciona un poco que *El cuaderno rojo* termine con idas y venidas sin demasiada sustancia y un duelo fallido. Pero en el fondo, así deja constancia el autor de esos años inconstantes, de esa imposibilidad de

pararse y descansar, que son propios de la juventud y muchas veces, como en el caso que nos ocupa, de toda la vida.

Diario íntimo contiene sus años de madurez y es fiel reflejo de la modélica

SUIZO DE LAUSANA, CONSTANT ESCRIBÍA EN FRANCÉS PERO SU VERDADERA PATRIA LITERARIA FUE ALEMANIA, O QUIZÁ DEBEMOS DECIR LA LITERATURA EUROPEA

contradicción que aquejaba a Constant. Le gustaba la quietud, pero no se daba respiro, ni en lo íntimo ni en lo social ni en lo literario; no era religioso y sin embargo dedicó gran parte de su vida a escribir sobre religión, tres apretados tomos de reflexiones y perplejidades; tenía una profesión sólida, la escritura, y aún así le quitó muchas veces el sueño la política, sin ganancia alguna, más bien con pérdidas, financieras y de amistad. Recluido en Weimar en 1804, conoció a Goethe, Schiller y Schlegel, haciendo un memorable retrato de todos ellos. Dice cosas muy interesantes, como que en Alemania, debido al legado de las tribus germánicas y su concepto de lo familiar, las mujeres son tenidas como superiores a los hombres en casi todo, algo que choca al misógino y no obstante mujeriego Constant. Como no se consideraba francés, podía criticar el gusto y los prejuicios galos. Y apreciar y denostar con imparcialidad lo germánico y lo anglosajón. Sabe comprender las diferencias, una rara habilidad. Y así, anota: "La gente habituada a buscar en la poesía algo distinto a la poesía no encuentra en la poesía alemana lo que busca".

No sabemos lo que él buscaba en su vida, sólo que encontró el amor de mujeres singulares como madame Récamier, Anna Lindsay, Julie Talma y Charlotte de Hardenberg. Que mantuvo conversaciones amigables con Napoleón, a quien había combatido durante años, fue diputado y redactó panfletos constitucionales. Que se convirtió en héroe nacional del fracaso, sin ocultar nada, sin temer nada.

Benjamin Constant: *El cuaderno rojo*
Traducción de Manuel Arranz
Periférica, 136 páginas, 13'5 €

Diario íntimo
Traducción de Jorge Salvetti
Alfama, 208 páginas, 16 €

Kierkegaard parodia la filosofía

NADAL SUAU

LITERATURA Søren Kierkegaard, danés nacido en 1813, cumple con un requisito fundamental para ser algo en la historia europea: ser el séptimo hijo de un hombre religioso. La vida de Kierkegaard estuvo marcada por el severo talante de su padre, y si antes de su muerte se comportó como un perfecto dandi (contrahecho), después se convertiría en un estudioso del estadio ético de la vida humana, y en aspirante al estadio religioso. Su libro *Temor y temblor* es lo mejor que he leído sobre la naturaleza de la fe religiosa, y puede resumirse en esta provocación: "Yo he sido capaz de entender a Hegel estudiándolo el tiempo suficiente, pero que Abraham esté dispuesto a sacrificar a su hijo porque Dios se lo manda, esto sí que no entiendo". Kierkegaard fue un autor original, habilidoso, más humorista de lo que pueda suponerse, y su obra marca el sendero del llamado existencialismo.

La excelente editorial Alba ha recuperado ahora un texto de Kierkegaard, *Johannes Climacus, o De todo hay que dudar*. El danés nunca quiso escribir un tratado ni nada que tuviera apariencia demasiado sistemática, y eso se tradujo en lo fragmentario de parte de su obra. Llevó incluso un diario que permanece como uno de sus mejores libros. Todo ello, pues, muy literario, muy (pos)moderno y muy poco hegelia-

no. En el caso que nos ocupa, este texto filosófico adopta la forma de un relato en tercera persona: Johannes Climacus, un joven humilde pero exigente en sus objetivos, se toma en serio la filosofía. Ello se debe a que está enamorado "del pensamiento, o mejor, del pensar". Nosotros asistimos a su denodado esfuerzo por ahondar en ese amor. El resultado es una verdadera parodia filosófica, protagonizada por una suerte de Peter Sellers cognitivo que, en su intento por integrarse en el guateque de la filosofía, acaba destrozando el mobiliario del anfiteatro. Climacus observa que todos los filósofos que le rodean afirman, muy campanudos: "De todo hay que dudar". Ahora bien, ¿no deberíamos dudar inmediatamente de un enunciado así? Sobrevolando esta idea, Climacus encuentra el absurdo bajo lo aparentemente racional.

El adversario de Kierkegaard es el sistema hegeliano, un acorazado semejante a nuestro nuevo "sistema" blindado, la Ciencia. De algún modo, y jibarizando el libro hasta extremos impensables incluso cuando quien esto escribe está de por



SØREN KIERKEGAARD

EL DANÉS NUNCA QUISO ESCRIBIR UN TRATADO NI NADA QUE TUVIERA APARIENCIA DEMASIADO SISTEMÁTICA, Y ESO SE TRADUJO EN LO FRAGMENTARIO DE PARTE DE SU OBRA

medio, Kierkegaard desvela la superioridad de muchos humanistas de hoy sobre demasiados científicos. Me explico. El libro demuestra, sirviéndose de algunos paralelismos con el cristianismo francamente guasones, que la ciencia también reclama de un acto de fe. En este libro inconcluso y estimulante, se lee que la inmediatez es la realidad, el lenguaje es la idealidad, y la conciencia es la relación contradictoria que se establece entre ambas. Siendo la ciencia nada más que un lenguaje, sorprende cuántos científicos son lo suficientemente ingenuos como para decir, "nosotros nos ocupamos de la realidad, no la literatura", esto último con mueca de desprecio. No es cierto: los lenguajes tratan de devenir realidad. Ni uno ni otro lo consiguen, no al menos del modo en que la realidad es *real*. La teoría de cuerdas no es la realidad, o no más que las fábulas de Esopo. Al no ser conscientes de la diferencia entre el lenguaje y la realidad, podemos decir que algunos científicos no tienen conciencia. Esto no suele pasarnos a "los de letras", mucho más humildemente instalados en la contradicción. Me siento aliviado.

Søren Kierkegaard: *Johannes Climacus, o De todo hay que dudar*
Alba, 142 páginas, 12 €